

Cuba y América.

BIBLIOTECA HISTÓRICA
JOSE MARTI
HABANA, CUBA

Vol. IV.

HABANA 5 DE FEBRERO 1900.

No. 76



General Nestor Aranguren.

Cuba y América.

REVISTA ILUSTRADA.
SE PUBLICA LOS DIAS 5 Y 20 DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

| | |
|---------------------------------------|------------------------|
| EN LA HABANA Y EN EL RESTO DE LA ISLA | |
| Por un mes | \$0-60 plata española. |
| Por un trimestre | " 1-50 " " |
| Por un semestre | " 3-00 " " |
| Por un año | " 5-00 " " |
| Número suelto | " 0-25 " " |
| Un número atrasado | " 0-40 " " |

Pagos adelantados y cobros á domicilio.

EN EL EXTRANJERO. (1)

| | |
|----------------------------|-----------------------|
| Por un trimestre | \$1-00 oro americano. |
| Por un semestre | " 2-00 " " |
| Por un año | " 4-00 " " |

(1) Estas suscripciones se ordenarán acompañando su importe anticipado por cheques, letras, órdenes postales ó dinero en carta certificada.

Director: Raimundo Cabrera.

Redactores: Nicolás Heredia, Leopoldo Cancio, Enrique J. Varona, Rafael S. de Calzadilla.

Propietario: M. Montero.

Administrador: Manuel Román.

Imprenta: Avisador Comercial.—Habana.

SUMARIO

CUBA Y AMÉRICA.—La concordia y la discordia, por José Ma Céspedes.—Encuentro, poesía, por Salvador Díaz Mirón.—Juan Clemente Zenea, VI, por Enrique Piñero.—Rimas, poesía, por J. de D. Peza.—La dominación española en Portugal, I, por Luis Estévez y Romero.—Néstor Aranguren.—A una ola, soneto, por Pablo Hernández.—Soneto, por G. Blest Gana.—Al quemar un retrato, soneto, por Isaac Carrillo.—Soneto, por Luisa Molina.—Peregrinaciones de un insurrecto de antaño. Narración de J. Aniceto Iznaga.—El tenor Alvarez, por F. García Cisneros.—Pro-patria, por R. S. de Calzadilla.—La toma de las Tunas, Fragmento, poesía, por Fernando G. y G. de Peralta.—Fantasía, por Fernando de Zayas.—¿Febo ó Diana?, poesía, por Luis de G. Urbina.—Revista General.—Notas sobre instrucción, por C. M. Trelles.—A orillas del torrente, poesía, por Jorge Isaacs.—Hojas secas, poesía, por Manuel Acuña.—Notas y noticias.—Ilustraciones, &c.

Cuba y América.

Con el presente número comienza CUBA Y AMÉRICA el segundo año natural de su publicación en la Habana y el cuarto de su fundación en Nueva York.

Ha llenado en todas sus partes el modesto programa que se impuso y cuyo primordial capítulo fué contribuir á la obra patriótica de pacificación moral en que hoy están empeñados todos los elementos sanos y amantes del país, como condición indispensable de su reconstrucción material y de su ordenada constitución política.

Si es verdad que por la anormalidad de condiciones de nuestra sociedad, en un período de transición subsecuente al revolu-

cionario poco propicio para el éxito de publicaciones como la presente, no hemos logrado aún agrupar alrededor de nuestra redacción á todos los que pudieran con títulos de competencia ayudarnos en nuestros propósitos de sostener y llegar á realizar la publicación de una Revista ilustrada, digna de nuestra cultura, y que nos hemos visto contrariados por hostilidad manifiesta ó la afectada indiferencia de la prensa periódica que perduró en Cuba después de la Revolución,—podemos jactarnos de haber obtenido la colaboración de gran número de notables escritores del país y el apoyo necesario en el público, para mantenernos en nuestras iniciativas.

En ellas perseveraremos por más que el periodismo no sea nuestra labor habitual y reclamemos nuestra atención tareas de otro orden y de constante esfuerzo.

Una vez más reclamamos el apoyo efectivo de todos los que comprendan y estimen nuestro empeño y señaladamente, la colaboración de cuantos se interesen en el progreso intelectual de nuestro país.

CUBA Y AMÉRICA es palenque abierto á la libre discusión de todos los ideales con una sola restricción. No oponerse á la obra de pacificación y constitución política de Cuba por la intervención americana: sino ilustrarla y ayudarla fiados en sus promesas.

La concordia y la discordia.

I

La unión y la desunión, la concordia y la discordia son fenómenos naturales y constantes en el mundo de la materia y en el mundo del espíritu, en la vida vegetal y animal y en la vida humana.

Las grandes rocas se forman paulatina y sucesivamente por agregaciones, no interrumpidas, de pequeñas partículas de materia; y descienden luego, desde las altas montañas á los valles, convertidas en menuda arena.

Los vegetales aumentan su volumen, por medio de la nutrición; y más tarde, cuando llegan á la edad madura, comienzan las disgregaciones de sus moléculas hasta que mueren.

Los animales se unen, se conciertan y se auxilian, según la especie y el modo de existir de cada una; y en un momento dado se desgarran entre sí y persiguen y destruyen á los otros grupos y á las otras especies.

Las agrupaciones humanas, en orden más

elevado, se constituyen conscientemente y crecen y prosperan, por virtud de la concordia que existe entre sus miembros; y andando el tiempo notan en su seno el mónstruo de la discordia, que corroe, aniquila y mata.

Todos esos hechos, comprobados por la razón y la experiencia, ponen de manifiesto una verdad incontrovertible: las existencias todas llevan, desde su origen, en su naturaleza material y espiritual, los gérmenes de lo que une y desune, de la concordia y la discordia, de la vida y de la muerte.

De ahí el alcance inapreciable de la doctrina evolucionista de nuestra época. La materia y el espíritu, que son eternos, se mueven, se agitan, aumentan y disminuyen, aparecen y desaparecen para volver á presentarse y disolverse, bajo nuevas y variadas formas, en el gigantesco escenario del Universo.

II

La vida política de los pueblos está sujeta á la misma ley de la naturaleza, pasa por las propias gradaciones y sufre iguales cambios por iguales causas producidos.

La concordia crea, sucesivamente, la familia, la tribu, la ciudad y la nación. La discordia mina, también sucesivamente, la existencia tranquila y dichosa de la familia, de la tribu, de la ciudad y de la nación.

La concordia es más pura y más fuerte en la familia; y va disminuyendo, por grados, hasta la nación. La discordia es más débil y más tolerable en el hogar; y su intensidad é intolerancia aumenta á medida que se recorre la escala hasta llegar al pueblo soberano.

Es que la concordia y la discordia crecen y disminuyen, en razón inversa del número de voluntades. Mientras menos personas reunidas, más concordia y menos discordia; mientras mayor sea el número de habitantes de una nación, más discordias y menos concordia habrá entre ellos.

La dificultad no está, pues, en hacer cesar, de una manera absoluta, la discordia,—porque eso es imposible,—sino en contribuir á que sea dominada por la concordia,—y esto no es tan difícil.

Para ello cuentan siempre los pueblos con el buen sentido de las mayorías, el auxilio de la prensa digna y la buena fe de los talentos superiores.

La discordia puede hacer mella y sobreponerse, alguna vez, en las cuestiones secundarias; pero cuando se trata de asuntos

culminantes, que deciden de la vida, de la fortuna y de la dignidad de un pueblo, no debe temerse por el resultado. En tales casos vence, indudablemente, la concordia, abriéndose paso entre las filas enemigas hasta llegar al capitolio.

Ladran á la luna los que se oponen á la voluntad decidida de un pueblo. Esa voluntad vive y se agita en la mayoría de los ciudadanos. Y la mayoría quiere siempre lo mejor, lo más sano, lo más alto, lo más puro, lo más noble.

III

Dirijamos ya una mirada á nuestro alrededor y veamos lo que pasa en Cuba. Los cubanos comenzamos ahora nuestra verdadera vida política. Nos falta la práctica de hablar, de escribir, de discutir y de entender en los negocios públicos. Una dominación de cuatro siglos nos mantuvo privados de las asambleas populares y de la prensa libre. Nuestras vacilaciones y nuestros tropiezos no tienen, por lo mismo, nada de nuevo, nada de extraño, nada de censurable. Eran factores conocidos, con que debíamos contar en nuestro empeño constituyente.

¿Significa eso que los cubanos no podremos entendernos al fin? ¿Puede sostenerse, sin grave error, que carecemos de condiciones y de capacidad para el gobierno propio? ¿Somos acaso los únicos que demos notas discordantes en nuestro concierto? ¿No las dan, en los suyos, los demás pueblos de la tierra?

Nuestras diferencias actuales son insignificantes, comparadas con el objeto grandioso que perseguimos.

Con un suelo feraz y siempre verde, costas y bahías envidiables y un territorio mayor que el de muchos pueblos soberanos, como San Salvador, Haití, Bélgica, Holanda, Suiza, Grecia, Santo Domingo, Costa Rica, Portugal y Guatemala, nos sobran condiciones materiales para constituir una nación.

Nuestras condiciones intelectuales y morales, son bien conocidas en el mundo entero, para que nos detengamos á repetir las y hacerlas visibles á nuestros injustos detractores.

No existe pueblo alguno, en todo el globo terráqueo, que sea capaz de tirar la primera piedra á otro alguno, sintiéndose sin pecado en el capítulo de las discordias.

Y después de todo; tropezando, cayendo

y levantando marchamos hacia el puerto y pensamos desembarcar, sin novedad. No estamos distantes de la costa. El partido nacional cubano se constituye rápidamente, y habrá una voluntad firme que dirija y gobierne, y que atraiga á las voluntades vacilantes.

JOSÉ M.^a CÉSPEDES.

Febrero 1.^o de 1900.



Fábrica de papel. Puentes Grandes—Habana.

Encuentro

Hoy la ví, pasó á mi lado;
dejó el aire perfumado
dejó una huella de luz.....
Un dulce presentimiento
me anunciaba ese momento
con amorosa inquietud.
Como siempre, tan hermosa,
tan tímida y candorosa;
tan bella y angelical!
El roce de su vestido
quedó sonando en mi oído
como un eco musical.
¡Ella! tan cándida y pura,
el orgullo, la ventura
de mi pobre corazón;
mi pasado, mi presente,
el delirio de mi mente,
la forma de mi ilusión.
Como brilla su mirada,
revelando enamorada
un sentimiento de amor!
Que dulcemente se inclina,
su frente pura, divina,
teñida por el rubor.
Con cuánto amor y ternura
al divisar su hermosura
me palpité el corazón!
Sentí el alma conmoverse,
y mi pecho estremecerse,
y turbarse mi razón.
Llevé la mano á la frente
y mi sien estaba ardiente
y la mano se abrazó:
No pude seguir su huella,
pero rápido, en pos de ella
mi pensamiento voló!
Ella muy lejos estaba
y yo siempre la miraba
creyéndola junto á mí;
y palpitante sentía
el corazón todavía
con amante frenesí.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Juan Clemente Zenea

VI

La declaración de guerra á todo el poder de España, proclamada en el interior de una finca cerca de Bayamo por doscientos hombres mal armados, que no otra cosa fue el 10 de Octubre de 1868, pareció á muchos con aparente sobra de razón un acto de locura; y era ya, sin embargo, cuando á principios de Enero desembarcaba Zenea en New York, la insurrección de todo un pueblo en demanda de su libertad. Allí mismo recibió con júbilo la noticia de la proclamación el 10 de Abril siguiente de la nueva república cubana y del nombramiento de Presidente á favor de Carlos Manuel de Céspedes, abogado, propietario importante de Bayamo, el que había encendido el fuego y activado la llama, cuyas chispas esparcidas con rapidez inesperada habían desarrollado la gran conflagración.

Pero ni la prontitud, ni el vigor, ni la unánime simpatía del país hacían menos seria y peligrosa la empresa para los que en ella tan animosamente se empeñaban. Las dificultades ahora eran mucho más asperas de lo que fueron durante toda la guerra de la independencia americana á principios del siglo. Esa vez un continente, un mundo entero, luchó contra una remota metrópoli empobrecida, destrozada, anémica después de la feroz y dilatada contienda con las tropas del emperador Napoleón; ahora se hallaba España en bien diferente situación, recuperadas sus fuerzas después de largo período de paz, disponiendo de un ejército numeroso, intacto, en que apenas pudo haber hecho mella la breve guerra civil terminada en Alcolea, de una respetable marina, de un gran crédito en los centros bursátiles de Europa, y (lo que era aún más importante) gracias á los grandes adelantos modernos, á los barcos de vapor y al telégrafo eléctrico, se encontraba mucho más cerca, por así decirlo, de los territorios americanos que le quedaban y en situación de defenderlos más eficazmente.

Cuba no tenía como México, como la América del Sur, detrás de sus ciudades un espacio inmenso, ilimitado, casi nunca visitado por españoles, donde refugiarse en los casos infaustos, para reaparecer al poco tiempo con nuevos elementos de combate; isla larga y estrecha, de una superficie inferior al quinto de la península ibérica, su dilatada línea de costas la pone á merced del enemigo que cuente con cierto número



de barcos de guerra; y únicamente por esas costas podían, sin embargo, los revolucionarios cubanos recibir los refuerzos de armas y municiones indispensables.

Por fortuna, en los Estados Unidos con dinero, con prudencia y conocimiento del país, bajo el amparo de sus leyes liberales y benéficas, que no consienten procedimiento alguno coercitivo sin la intervención de los tribunales ordinarios, y gracias también á la simpatía general entre sus habitantes por la causa de la libertad de Cuba, era posible, y hasta fácil, acopiar recursos militares, embarcarlos, despacharlos con bandera americana, y en el mar poner á bordo bastante gente para custodiarlos, echarlos en tierra y dejarlos en manos de patriotas cubanos.

De esas mismas facilidades gozaba naturalmente el gobierno español, y en efecto las aprovechaba, pues mantenía en incesante actividad la fábrica de fusiles «Remington» que sus tropas usaban, y acababa de confiar á varios de los astilleros privados situados en los dos ríos de New York la construcción de treinta barcos cañoneros de corto calado y andar rápido, que unidos á los otros buques de guerra ya apostados, tratarían de hacer inviolable el bloqueo de las costas de la isla, y definitivamente privarlas de toda comunicación con el extranjero.

Era Presidente de los Estados Unidos desde Marzo de ese mismo año de 1869, el general Ulises Grant, que profesaba, y aun en esos primeros tiempos ostentaba, alguna simpatía por la revolución cubana, espoleado en la expresión de ese sentimiento por el general Rawlins, ministro de la guerra, que le encarecía enérgicamente la conformidad de la opinión del país. Lo más práctico y de efecto más rápido, aunque no decisivo, hubiera sido reconocer oficialmente la beligerancia de los cubanos; pero la república americana estaba desde fines del siglo XVII ligada á España por un tratado de comercio y navegación, conforme al cual reconocer la beligerancia de los cubanos era someter el movimiento mercantil de la nación á trabas insoportables de registros y detención en alta mar por la marina militar española; y como los armadores americanos no consentirían semejante régimen, era de preverse un rompimiento inmediato entre ambos países, acaso una guerra, mucho más por de contado de lo que buscaba ó quería el gobierno en favor de la isla de Cuba. El Secretario de Estado, Hamilton Fish, trabajó cuanto pudo por contrarrestar la in-

fluencia de su colega del despacho de la Guerra y alejar esa idea de la mente del general Grant, y concibió otro modo de favorecer la causa cubana, que á su juicio, no muy experto en cuestiones internacionales, lo conciliaba todo.

Nació de ese propósito la más curiosa situación diplomática. Fue nombrado ministro plenipotenciario en Madrid Daniel Sickles, uno de los generales improvisados de la reciente guerra civil, abogado y antiguo miembro del Congreso, conocido por su violento y agresivo carácter; hízosele salir precipitadamente para su destino con el encargo de proponer al ministerio presidido por el general Prim, á modo de cosa corriente, sin previo anuncio ni preparación secreta, el abandono de la isla mediante una indemnización pecunaria garantizada por el tesoro de los Estados Unidos. Conjuntamente se tomó Fish en persona la pena de sugerir al coronel Freire, ministro del Perú en Washington, la idea de pedir el embargo y detención provisional en los astilleros, de las treinta cañoneras que se construían para el bloqueo de Cuba, bajo el pretexto de que cometía con ello España un acto contrario á la neutralidad de los Estados Unidos, pues se hallaba en estado de guerra con el Perú, sin haber ajustado ni paz, ni tregua, ni *modus vivendi* de ninguna especie. El embargo se estableció en el acto, nadie pudo dudar de que se hacía en exclusivo interés de los cubanos, pues buques de tan reducidas proporciones no habían de estar destinados á ir desde allí al oceano Pacífico. Mientras tanto presentaba Sickles en Madrid sus peregrinas proposiciones, oyólas el gobierno español sin enojarse, principió á discutir las con objeto de darle largas y al fin rechazarlas, aunque en términos muy corteses, hasta zalameros, con las más vivas protestas de buena amistad, con los más liberales ofrecimientos para el porvenir. El objeto era sacar pronto los barcos y pertrechos de New York, seguros los ministros españoles de que con esas precauciones de mera forma no irían esos platónicos simpatizadores mucho más allá de las veleidades diplomáticas, de que parecía ser el general Sickles tan lucido como poco hábil instrumento.

Pero el interés verdadero de Cuba, la suerte de su lucha libertadora, residía en aquel instante en otra parte: agitábase en torno de la gran expedición de gente y pertrechos de guerra que en diversos puntos de la república norteamericana se alistaba; que un vapor, el *Lillian*, famoso por su

ligereza, debía conducir á las playas cubanas, y que si lograba poner en tierra su valioso cargamento, quizás decidiría de una vez el triunfo de la insurrección.

Las armas, el barco, los preparativos, costaron gruesas sumas, aprontadas por los emigrados y por amigos silenciosos que permanecían en la isla. Al finalizar Septiembre todo se hallaba reunido en Cedar Key en la costa de la Florida, aguardando al que debía asumir el mando y dar la orden de levar el ancla, el general Domingo Goicouría, que llegó por fin el 3 de Octubre acompañado de su secretario, «el teniente coronel Juan Clemente Zenea,» y rodeado de un grupo numeroso de oficiales, veteranos en su mayor parte de la última guerra civil de los Estados Unidos. El 5 zarpó conduciendo más de quinientos expedicionarios, casi todos cubanos, y armamento perfeccionado suficiente para equipar un cuerpo de ejército. El enganche y marcha hacia la costa de los auxiliares americanos había sido de lo más delicado en el apresto de la expedición, y Zenea, encargado de esa comisión, que le hizo recorrer muchos días en diversos sentidos todo el territorio de la antigua confederación del Sur, tuvo la fortuna de cumplirla con cabal felicidad.

Por todas partes, donde quiera que había amigos de Cuba, ojos y corazones estaban pendientes de la suerte de ese barco, que llevaba en su seno la fortuna de un pueblo entero. El mismo gabinete de Washington contaba secretamente con la llegada de tan poderoso auxilio para justificar en virtud del vigor creciente de la insurrección las simpatías de la nación y dar acaso un paso más en la senda por donde las voz del país, incesantemente expresada en la prensa periódica, lo empujaba. Y todo por desgracia estaba condenado á malograrse, no por esfuerzo del enemigo ó por circunstancias adversas inesperadas, sino por la acción de un vicio interno, que pudo haberse evitado desde el primer instante.

En el año que llevaba de vida la revolución había ido ascendiendo y mejorando su posición día por día; ahora de pronto recibió con la pérdida del *Lillian* y su cargamento un golpe terrible de que nunca se repuso, y no volvió á ver los signos precursores de victoria, que de tan halagüeñas esperanzas habían llenado aun á los menos optimistas.

Domingo Goicouria, causa inconsciente del fracaso, contaba entonces sesenta y cuatro años; de estatura poco menos que mediana, de cuerpo enjuto con barba blanca



Entrada á la Quinta Las Delicias en Guanabacoa.—Habana.

muy larga, parecía aún más viejo de lo que era, aunque los grandes ojos negros de fulgor extraordinario daban fe de la perenne juventud de su corazón. Enemigo eterno de España, había trabajado por la libertad de su patria con ardor inextinguible, y en las diversas peripecias de su vida desplegado siempre valor personal á toda prueba, como hasta el último momento lo demostró, subiéndolo las gradas de un cadalso altísimo,

erigido en la falda de una colina para satisfacción de veinte mil furiosos espectadores, con la tranquila firmeza, la estoica serenidad del héroe que se siente superior á su mísero destino. Un carácter impetuoso acompañado de inteligencia muy limitada lo arrastraba á veces á lamentables equivocaciones, y en la actual empresa, nombrado jefe de la expedición á causa de su antigua reputación de patriota enérgico, se dió á la

mar aturdidamente sin tener bien resuelto el punto de la costa donde había de desembarcar, con sólo la vaga intención de ir hacia el occidente de la Habana, á despecho de los obvios inconvenientes de esa preferencia, pues allí no había grandes partidas insurrectas, y la proximidad de la capital permitiría al gobierno español acumular en breve tiempo, en horas, fuerzas numerosas, aun antes de ser puesto en tierra todo el valioso cargamento. El proyecto era insensato, y estaba tan poco arraigado en su espíritu que á la primera objeción de sus oficiales lo abandonó, y quedaron éstos desde ese instante convencidos de lo inferior que era el jefe á las exigencias de la grave situación, acaso porque tenía entonces el alma conturbada por la cruel noticia del fallecimiento de su único hijo, recibida en los momentos mismos del embarque. Torció rumbo el buque hacia el este después de muchas horas inútiles de navegación, y al cuarto día, el quinto, si se cuenta el trayecto de Nueva Orleans á Cedar Key, tenía ya consumida casi toda su provisión de combustible.

Quedaba sólo lo suficiente para abordar algún punto favorable de la costa cubana, pero otra idea infeliz dominaba á Goicouria, salvar el barco á cualquier precio para emplearlo en otras expediciones. Con ese objeto hizo desembarcar toda su gente en unos cayos desiertos del grupo de las Bahamas y mandó el vapor á Nassau en busca de carbón. Permanecieron á bordo Zenea y tres ó cuatro compañeros, encargados de la difícil comisión de saltar ocultamente en tierra, comprar el carbón, llevarlo en una goleta y en medio del golfo trasbordarlo al *Lillian*. Pero un vapor no se esconde en el mar como un grupo de hombres detrás de los mangles, y mientras concertaba Zenea en Nassau los detalles de la operación, caía el buque en poder de un barco de guerra inglés, y los que llenos de ansiedad esperaban su vuelta en los cayos vieron en su lugar venir un buque con bandera de Su Majestad británica, que venía á hacer á todos prisioneros. Perdido el *Lillian* era una fortuna la llegada del vapor de guerra inglés, salvaba á todos de la muerte cierta, que á pesar de su número y sin titubear les hubiera aplicado el gobierno español, si cualquiera de sus cruceros los hubiese descubierto allí, como procedió á hacer prontamente cuatro años más tarde con los que á bordo del *Virginus* capturó en el mar cerca de Jamaica.

Puestos inmediatamente en libertad por las autoridades de Nassau, volvieron los expedicionarios todos á Nueva York. No era esa la primera vez que fracasaba Zenea en su decidido empeño de pisar tierra libre de Cuba, pues poco antes en el mismo puerto de Nueva York había sido detenido otro vapor, el *Catherine Whiting*, con la expedición mandada por el mismo jefe y en que llevaba Zenea igual carácter que en la segunda. La justicia americana procedió contra Goicouria y otros por infracción de las leyes de neutralidad, pero fueron absueltos, y la expedición desorganizada un momento fue la misma que el *Lillian* llevaba, con mayores elementos de guerra.

El desastre ahora tomaba otras proporciones, y el porvenir súbitamente se ennegrecía. El gobierno americano afectaba ya dudar de que fuesen los cubanos capaces de sostenerse largo tiempo contra los esfuerzos redoblados de su adversario, y cambió visiblemente de actitud. Las negociaciones ó conferencias entre Sickles y los ministros españoles quedaron definitivamente interrumpidas, y las treinta grandes cañoneras casi ya listas de un todo, saldrían al fin y al cabo á ejecutar su obra nefasta, pues el embargo por pura complacencia impuesto á nombre del Perú no podía tardar en levantarse.

Encontró Zenea á su vuelta en Nueva York que estaba yo al frente del periódico cubano que la Junta Central ayudaba á sostener, titulado *La Revolución*, por ese motivo considerado papel oficial de la emigración; condenado como estaba él á permanecer en aquella ciudad esperando ocasión favorable de ir á Cuba, se dispuso á ayudarme entretanto, y fue, mientras me mantuve á la cabeza del periódico, mi principal y más constante colaborador.

Comenzaba entonces un período sombrío. El bloqueo de las costas se estrechó, la vigilancia del enemigo aumentó, y llegó á ser en extremo riesgoso entrar ó salir del territorio al través del apretado cerco de barcos y cañones que lo aislaba del resto del universo.

Muchas vidas, muchos sacrificios memorables y terribles costaron á Cuba esos treinta buques, esos lebreles del mar, adiestrados, vendidos por la patria de Washington y Lincoln á los eternos opresores de la América. Una de las primeras víctimas fue el pobre Domingo Goicouria, que lleno de pesar por el cruel desastre, cuya responsabilidad era la desolación de su ardiente pa-

triotismo, había logrado llegar á Cuba ansioso de presentar al Gobierno la explicación de lo ocurrido; reconociendo éste la sinceridad de sus informes y convencido de que á su edad no podría resistir los azares de la campaña, le confió una misión cerca del Presidente de la república mejicana, y mientras buscaba en la costa medios de salir, fue aprehendido, llevado á presencia del general Caballero de Rodas, gobernador de la isla, que dirigía la campaña por aquellos contornos, y mandado conducir á la Habana, donde sin forma de proceso, tras una simple identificación de persona, en cumplimiento de sentencia pronunciada veinte años antes, pereció de la inicua y feroz manera ya indicada.

Igual suerte corrieron, quince días más tarde, dos jóvenes hermanos, Diego y Gaspar Agüero, en el mismo lugar, en el mismo cadalso, ante los mismos espectadores, traídos al suplicio desde la misma larga distancia, enviados por el mismo jefe superior como pasto para las mismas fieras. Entre tanta escena de sangre como vió Cuba en esos horribles días, ninguna más patética que la muerte del segundo de esos dos jóvenes: llegó maniatado al patíbulo minutos después de sacrificado su hermano, subió silenciosa y lentamente los escalones, imprimió un beso en la frente tibia aún del compañero adorado de toda su vida, del cadáver puesto á un lado del banco fatal delante del tornillo del suplicio, se volvió al verdugo para decirle simplemente: «acaba pronto», y expiró sin dirigir una sola mirada á la inmensa multitud, como si nadie estuviese allí más que el ejecutor, á pesar de que ensordecía la bóveda del firmamento el estruendoso grito de *¡ Viva España!* proferido por millares de bocas convulsas de frenético entusiasmo; ese viva lanzado como última afrenta, como un tormento más á la víctima indefensa, ese grito; acompañamiento constante de tanta iniquidad, antítesis sangrienta que por tiempo inmemorial ha simbolizado en su siniestra brevedad la dominación de la metrópoli desnaturalizada, de la nación tirana que para vivir en tierra americana parecía necesitar ver morir de muerte violenta todos sus hijos uno á uno.

No era para los redactores del periódico lo menos penoso en esa triste serie de noticias el publicarlas y comentarlas á medida que el telégrafo las comunicaba, y ninguno lo hacía con más lástima indignada que Zenea. Cuando se anunció la captura y ejecución de Goicuría, le propuse y aceptó co-

mo un deber especial el encargo, á título de antiguo secretario y compañero, de dar el último adiós al amigo y al patriota desdichado, en los términos de respetuosa simpatía que el caso demandaba. Son también de Zenea en las columnas de *La Revolución* los artículos necrológicos dedicados á Angel Castillo y Donato Mármol.

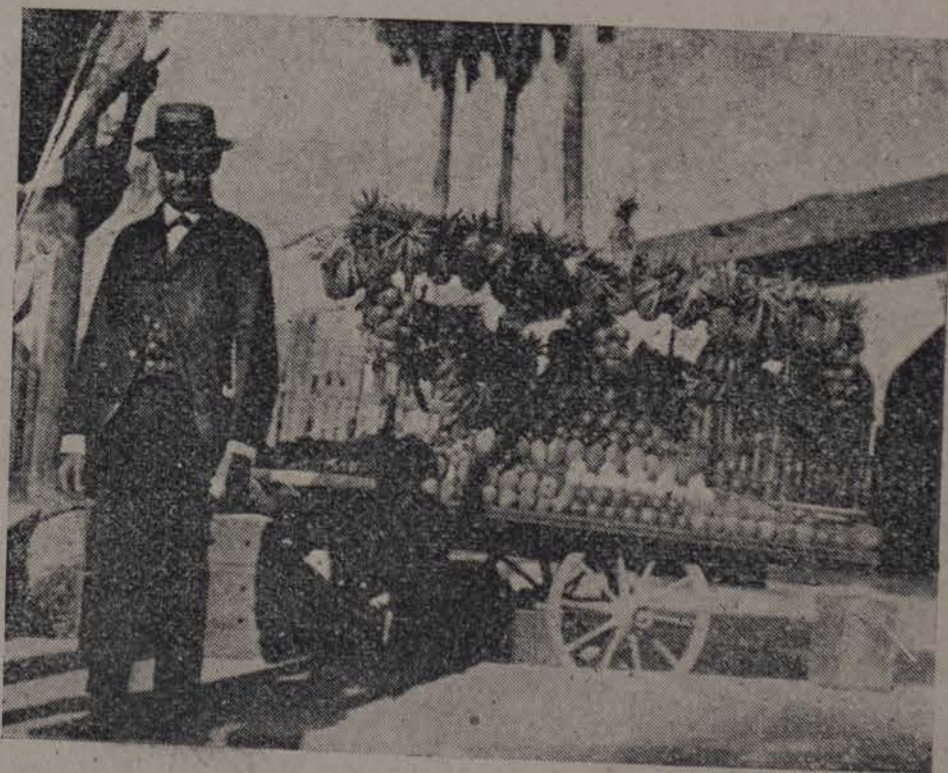
Pero ni el bloqueo tan difícil de romper, ni la angustiada escasez de comunicaciones entre la emigración y el gobierno cubano, ni la muerte de tantos patriotas, hicieron un solo instante flaquear la fe de ninguno en tan cruel período, y Zenea se sentía como los demás, plenamente seguro del triunfo final, mientras los diversos grupos de emigrados se mantuviesen unidos, congregados en torno de los jefes dignos de toda confianza entonces escogidos. No duró por desgracia mucho tiempo esta situación; divergencias miserables paralizaron y hasta anularon por completo el esfuerzo común. Nadie desplegó más actividad que Zenea cuando al principio pareció fácil aplacarlas invocando el interés supremo de la patria, y nadie tampoco le ganó en energía después, cuando fue preciso combatir frente á frente al que vino desde Cuba, desde los mismos campamentos, á acaudillar disensiones, que de otro modo hubiesen tal vez por sí mismas desaparecido.

ENRIQUE PIÑEYRO.

Rimas.

Si la muerte del mundo te arrancara
y en el mundo y sin tí quedara yo,
aun pasados los años te encontrara
muerta en la tierra, en mi memoria no.
Si hay un cielo de paz sobre mi suerte
cuya aurora mi infancia iluminó,
dime tú, si estaré tras de la muerte,
vivo en mi cielo; ¡en tus recuerdos no!

JUAN DE DIOS PEZA.



Vendedor de frutas.—Habana.

La dominación española en Portugal. ⁽¹⁾

Yo lo heredé, yo lo compré,
yo lo conquisté para evitar dudas.
FELIPE II.

I

Fundada la Monarquía portuguesa por D. Alfonso Enríquez, hijo del conde Enrique de Borgoña, los Estados Generales del nuevo Reino establecieron la ley de sucesión á la corona excluyendo de ésta á todo príncipe extranjero, aunque fuese descendiente de la hija de un Rey. Desde 1139 hasta 1580 en que murió el Cardenal-Rey D. Enrique, tío-abuelo del rey D. Sebastián, á quien había sucedido en la corona, el Portugal vivió tranquilo y feliz; pero desgraciadamente á la muerte de D. Enrique sin sucesión, vino á caer en manos de Felipe II, quien, por el escaso poder de sus competidores, pudo ceñirse una corona que á todas luces era usurpada, porque, como príncipe extranjero, hijo de una infanta de Portugal casada con un soberano extranjero, estaba excluido de la sucesión, según se ha visto, por la constitución de la Monarquía Portuguesa.

A partir de ese momento, la dominación española logró en Portugal lo que en todas partes: hacerse odiosa; y tras sesenta años de sufrimientos y humillaciones, se alzaron al fin los portugueses contra ella y volvieron á tener un monarca nacional, siéndoles necesarios veintisiete años de guerra á sangre y fuego para que España se resignara á la pérdida de tan preciado reino y reconociera su independencia.

Como generalmente sucede con todos los usurpadores, Felipe II se impuso á Portugal por la fuerza de las armas, enviando un ejército para ocupar todo el Reino, razón sobrada para tratarlo como país de conquista, transmitiendo este criterio á su hijo Felipe III, y éste al suyo, Felipe IV.

El reino tan brillantemente fundado por D. Alfonso Enríquez pasó á ser provincia española, de hecho, pero sin derechos; y, sin consideración alguna, quitáronse los cañones á sus plazas fuertes trasladándolos á España, lo mismo que la escuadra: las fortalezas fueron entregadas á tropas castellanas, italianas y flamencas, y todos los gobiernos de las plazas se entregaron á extranjeros. La nobleza portuguesa se vio menospreciada; y el pueblo acribillado á impuestos:

los cargos públicos se confiaron á españoles y á extranjeros hechuras de éstos; prohibióse á los particulares la adquisición de armas: la juventud fue trasportada fuera del Reino y obligada á servir en los ejércitos reales que combatían en países extranjeros: los mismos hidalgos fueron llevados á la fuerza á la guerra de Cataluña, so pena de perder sus feudos en provecho de la Corona: las prisiones estaban siempre llenas por la menor sospecha de enemistad á España; el comercio arruinado por haber sido monopolizado en Cádiz el que sostenían con las Indias, Lisboa y otros puertos: los privilegios del clero violados sin escrúpulo alguno, y los beneficios y las dignidades eclesiásticas acaparados por los españoles. En suma: ningún privilegio de los jurados por Felipe II fue respetado: todos fueron violados á mansalva con el mayor descaro. Así se pasó el reinado de Felipe II y también el de Felipe III.

Prestando acabar con las novísimas estorsiones que tenían irritado al pueblo ocurriósele al Conde-Duque de Olivares, favorito de Felipe IV, un pensamiento singular: abolir esos nuevos impuestos y reemplazarlos por una derrama anual de medio millón de cruzados de reis que las municipalidades se distribuirían entre sí. Esta suma llegaba al doble de lo que los impuestos podían haber producido, y se vió que la proposición del Conde-Duque era una estorsión peor y, más que esto, un verdadero escarnio. Puede comprenderse, cual había de ser la consecuencia: una indignación popular general en todo el Reino, precursora de los futuros trastornos. Pero entre todo lo que sufrían, lo que más irritación causaba á los portugueses era que no se considerase su nación como un reino unido á España como lo mandaba la justicia, pero ni tampoco como un país anexado; y pedían que cesase esta anomalía y que de una vez se hiciese la fusión con el resto de la Monarquía, es decir, que se les asimilase á Castilla. De este modo esperaban los nobles, que sus señoríos y sus bienes no serían dados á los españoles; los comerciantes que se les abrirían los puertos de las colonias de América; y los magistrados, los jurisconsultos y los eclesiásticos que así podrían, los unos ingresar y actuar en los tribunales españoles y los otros ejercer funciones sagradas en toda España. Pero la Corte de Madrid, que quería seguir saqueando el reino conquistado y unido, no estaba dispuesta á efectuar la anexión; ni la clase media toga-

(1) Histoire de la conjuration de Portugal par l'abbé Vertot.—De la conquista y pérdida de Portugal por S. Estébanez Calderón.—Historia de Portugal por Oliveira Martins.

da, mitrada y comercial quería tener la concurrencia de los nuevos conciudadanos en los lugares y puestos públicos, ni en las especulaciones mercantiles.

En 1637 levantóse el pueblo de Evora y le siguieron algunos más; pero este movimiento fué como un fuego fatuo que se apagó en seguida, debido á los ejércitos reales

El levantamiento de Evora dió ocasión al Conde-Duque para nuevos impuestos, para levadas repetidas á Flandes y para preparar una situación de fuerza que debía realizarse al llegar á Lisboa la poderosa Armada de Oquendo encargada de batir á los holandeses; pero la suerte de los portugueses fué la derrota de esa escuadra en la batalla naval

de las Dunas (1) (Marzo de 1640) y el levantamiento de Cataluña, (Junio de 1640) que vinieron á echar por tierra los planes del Conde Duque.

Como en Evora y demás pueblos amotinados se pronunció repetidamente el nombre del Duque de Braganza y se hicieron votos porque la Providencia lo colocara en el trono de Portugal, esto fué bastante para que la Corte de España determinara alejar de este Reino al Duque, para lo cual empleó toda clase de argucias, que vinieron á estrellarse contra el firme propósito ya hecho por Pinto Ribeiro, mayordomo del Duque, por el Arzobispo de Lisboa y por los Almeida, Almada, Acuña, Mello, Mendoza, Soa, Lemos, Noroña, Meneses, Saldaña y otros señores portugueses de derribar la dominación española y hacer rey al Duque de Braganza, que, indeciso en los primeros momentos de fraguarse la conjuración cobró después los mayores bríos ante las exhortaciones de su mujer D^a Luisa de Guzmán,

española, hermana del Duque de Medina Sidonia.

Caldeados los ánimos, en la primera Asamblea que tuvieron los conjurados se expresó de este modo el Arzobispo de Lisboa: «Que el estado del Reino no podía ser



Alameda de palmas.

que entraron en Portugal al mando del Duque de Béjar y del Marqués de Valparaíso dispuestos á hacer un escarmiento. Empero todo el Reino repelía indignado el sistema híbrido que finjía respetar la unión de los dos Reinos, pero permitiendo á España el saqueo de Portugal, y no dando á los portugueses ni los fueros ni los derechos de los españoles.

(1) Otro combate naval desgraciado para España, en que se cubió de gloria la escuadra holandesa mandada por Martín Tromp.

« más triste desde que los españoles eran
 « los amos: que Felipe II para asegurar su
 « conquista había hecho perecer un número
 « infinito de nobles y que no había ahorrado
 « los eclesiásticos, *prueba de ello el famoso*
 « *Breve de absolución que había obtenido del*
 « *Papa por 2000 sacerdotes y religiosos que él*
 « *había hecho morir para asegurar su usurpación:*
 « (1) que después de aquellos desgraciados
 « tiempos los españoles no habían cambiado
 « de política: que bajo diferentes pretextos
 « habían hecho perecer varias personas de
 « mérito que no podían ser acusadas de otra
 « cosa que de amar demasiado á su país, que
 « nadie tenía seguros ni su vida ni sus bie-
 « nes: que la nobleza estaba menospreciada
 « y los grandes alejados del gobierno sin
 « empleos y sin consideraciones: que la Igle-
 « sia no había tenido nunca más indignos
 « ministros desde que el primer ministro
 « Vasconcelos daba los beneficios como re-
 « compensa á sus criaturas: que el pueblo
 « no podía más con los impuestos: que los
 « campos estaban sin labradores, y las ciu-
 « dades desiertas por las levadas forzosas de
 « soldados para Cataluña; y que ante tan-
 « tas calamidades era preferible la muerte para
 « no presenciar la ruina y la destrucción de
 « la patria, á no ser que los señores portu-
 « gueses decidiesen sacudir la tiranía que
 « los oprimía.»

Ante un discurso semejante, pronunciado por personaje tan encumbrado, nadie vaciló, y á partir de aquel momento quedó resuelto acabar con la dominación española en Portugal. Todo el mundo cumplió su palabra y el 1º de Diciembre de 1640 la nobleza y el pueblo de Lisboa proclamaron Rey al Duque de Braganza, proclamación que enseguida se hizo en todo el Reino, llenando de sorpresa y espanto á la Corte de España, que tales acontecimientos no esperaba.

LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO.

Néstor Aranguren

Háse cumplido en estos días el 2º aniversario de la muerte de este patriota esforzado, sobre cuyas sienas coloca la patria,—por quien combatió con denuedo y fe sincera—la corona inmarcesible del martirio.

Por su incansable actividad y valentía de sus ataques irresistibles al enemigo mismo á quien luego tratara con toda la piedad de su generoso corazón, alcanzó bien pronto que la fama pregonara sus proezas y sus méritos.

(1) Y esto lo hizo el más católico de todos los monarcas de la Cristiandad!

A una ola.

No fue el beso del aura cariñosa
 El que te trajo á la apacible orilla,
 Ni el rojo sol que en el Oriente brilla
 Con sus reflejos te irisó radioso.

Crepúsculo de tarde tempestuoso
 Quebró tu espuma en destrozada quilla,
 Y flageló la pálida mejilla
 Del aterrado náufrago lloroso.

Así la ola del dolor humano,
 De recia tempestad al choque insano
 Se levanta con trágicos empuños;

Y de la noche entre la densa bruma,
 Estrella su corona de alba espuma
 Contra el roto bajel de los ensueños.

PABLO HERNÁNDEZ.



ABE

Soneto

Si á veces silencioso y pensativo
 A tu lado me ves querida mía,
 Es por que hallo en tus ojos la armonía
 De un lenguaje tan dulce y expresivo!

Y eres tan mía entonces, que me privo
 Hasta de oír tu voz, por que creería
 Que rompiendo el silencio, desunía
 Mi ser del tuyo, cuando en tu alma vivo.

Y eres tan bella! mi placer es tanto,
 Es tan completo cuando así te miro;
 Siento en mi corazón tan dulce encanto

Que me parece á veces, que en tí admiro
 Una visión celeste, un sueño santo
 Que vá á desvanecerse si respiro!

GUILLERMO BLEST-GANA.

Al quemar un retrato

Me han dicho que eres tú la enamorada
Que un tiempo fué mi dulce desvarío,
Que ese pecho ha latido junto al mío,
Que he besado esa frente nacarada.

Me han dicho que eres tú, la que enojada,
Disculparme no supo un extravío,
La que á implorar al corazón más frío
Llegó después en lágrimas bañada.

No recuerdo de tí ni tu hermosura,
Y si es tuya la imágen que me hechiza
Al fuego vaya la gentil figura.

Y del lienzo que tanto simboliza
Quede sólo en el ascua que fulgura
Lo que me resta de tu amor: ceniza.

ISAAC CARRILLO.



ADERO.

Soneto

Imposible! no puede su dulzura
Retratar mi pincel, ni hallo colores
Que coloren y adornen mis amores
Ni contornos que pinten su figura.

Está clara, perfecta, dulce y pura
En mi mente su imagen entre flores,
Y no hay voces, suspiros, ni rumores,
Que remeden su acento y su ternura.

Él no existe; ay de mí! sobre la tierra
Y aunque la luz de mi razón reclamo,
En mí vive este amor, y me da guerra.

Mi consuelo, mi bien, así le llamo;
Una heróica lealtad mi pecho encierra,
Y un ardor, y un suspiro es lo que amo!

LUISA MOLINA.

**Peregrinaciones de un
insurrecto de antaño**

NARRACIÓN DE JOSÉ ANICETO IZNAGA

Y BORRELL.

1823.

Hallándose en *New York* los IZNAGAS, (1) JOSÉ ANICETO y ANTONIO ABAD (de Trinidad), VICENTE ROCAFUERTE (de Guayaquil), JOSÉ ANTONIO MIRALLA (de Buenos Aires), el Licenciado JOSÉ AGUSTIN ARANGO, GASPAS BETANCOURT CISNEROS, el Licenciado JOSÉ RAMÓN BETANCOURT y FRUCTUOSO DEL CASTILLO (los cuatro de Puerto Príncipe), concibieron el plan de una misión cerca del Libertador, á la sazón en el Perú, para solicitar los auxilios con las armas de Colombia en la empresa en que se ocupaban, de emancipar á Cuba del dominio de España.

Determinaron, después de varias conferencias entre sí, nombrar de entre ellos una comisión que se encargase de la misión y se dirigiese á Bogotá, donde residía el General Santander, vice-presidente de la República de Colombia, que en la actualidad ejercía las funciones de Presidente por hallarse Bolívar en el Perú, para solicitar de él (Santander) los auxilios que deseaban de Bolívar, y si no podía prestarlos entonces continuar al Perú y ocurrir al General Bolívar mismo.

De los individuos naturales de Cuba, excepto Betancourt Cisneros, Castillo y el Lcdo. Betancourt, los demás eran refugiados. Miralla (2) seguía la carrera del comercio y tanto él como Rocafuerte podían entrar libremente en la Habana. Todos, incluso Miralla y Rocafuerte (menos Castillo y Gaspar Betancourt, que eran muy jóvenes) obraban de acuerdo con sus amigos de la Isla en el intento de emanciparla de España y mantenían relaciones con ellos. Las de Miralla y Rocafuerte eran principalmente con personas de Costa Firme residentes en Cuba.

(1) Iznaga estaba emigrado desde 1819.—Arango tenía 24 ó 25 años.—Iznaga había formado parte de Sociedades conspiradoras en Cuba y mantenía correspondencia y obraba de acuerdo con ellas.

«En este viaje de la Comisión Iznaga gastó como 4000 duros».

(2) «Tengo idea de que la casa llevaba el nombre de Knight, Drake y C^{ca}».

Rocafuerte (1) pertenecía á una de las familias más distinguidas y ricas de Guayaquil. Su carácter revolucionario y en extremo activo fue causa de que se mezclase en la mayor parte de las revoluciones de los pueblos que habían proclamado su independencia; de que fuese miembro, también, de la mayor parte de las sociedades secretas que se formaron en España, América é Inglaterra con objeto de derrocar el dominio español en América. En España fue miembro de una sociedad de americanos españoles, formada en Madrid por los años de 1818 á 1820 con aquel objeto, en que se hallaban comprometidos cuantos americanos de influjo y riquezas había en Madrid; en Londres se unió á los españoles refugiados allí por liberales cuando el Séptimo Fernando echó abajo la constitución; y se quejaba de que esos mismos españoles (algunos) que allí le ofrecieron interesarse porque España transigiese con los pueblos de América que se habían emancipado y reconociese su independencia, cuando se repuso la constitución se olvidaron unos y otros fueron contrarios. En México contribuyó mucho á la caída de Iturbide, estuvo preso y muy expuesto á ser fusilado. Bolívar lo apreciaba mucho: tenía cartas de él, que lo honraban, y en que se quejaba de que no fijase su residencia en Colombia. Pero Rocafuerte, por desgracia, no era de los que estaban penetrados del desprendimiento de miras personales, en la revolución, del General Bolívar, y aunque no manifestaba ese pensamiento, sus amigos (y entre ellos Miralla que lo era íntimo) lo creían así. Y esta idea parece corroborarla el hecho de que, muerto Bolívar, Rocafuerte fijó su residencia en Guayaquil, en donde murió después de haber desempeñado las funciones de Presidente de la República del Ecuador en propiedad.

Acordadas ya las bases del plan de la

(1) «D. Vicente Rocafuerte, diputado por Guayaquil, llevó la energía de sus convicciones y principios hasta negarse á asistir á una audiencia real á que fueron expresamente invitados, alegando que no era digno de sus respetos un monarca que hacía gemir en las cárceles á los diputados liberales cuyas opiniones estaban garantidas por el régimen constitucional bajo cuyo imperio las habían emitido». (R. A. pág. 134. *Miralla* por J. M. Gutiérrez).

Decía Rocafuerte «que los americanos eran más delincuentes que los españoles en reconocer al rey absoluto, porque sufrían más de su lejano despotismo; y porque había llegado la época en que era obligación de ellos trabajar para sacudir el yugo español y combatirlos de todos modos» (id. id. id. en id. 135).

«Lo que procede por el Decreto de 4 de Mayo de 1814, aboliendo la Constitución y disolviendo las Cortes del Reino.»

«En esa época (1814) Miralla frecuentaba en Madrid á Rocafuerte y sus compañeros diputados.»

«Rocafuerte escribía en 1844, refiriéndose á los años de la Conspiración y la Revolución: «En esa época feliz yo consideraba toda la América española como la patria de mi nacimiento.» (Gutiérrez, *Miralla*, id.)

misión, se dirigieron á los Sres. Salazar (1) y Palacios, Ministro el primero y cónsul general el segundo, de Colombia en los Estados Unidos. Comunicaron á éstos su pensamiento, y el plan para efectuarlo; les informaron del estado de la opinión de los cubanos acerca de emanciparse de España, así como de la admiración y satisfacción con que veían coronados los esfuerzos de sus hermanos en el Continente; y por último, de las relaciones que mantenían en Cuba con amigos que pensaban como ellos y como ellos trabajaban en la emancipación del país.

Los Sres. Salazar y Palacios los oyeron con interés y bondad; les hicieron muchas advertencias útiles, los alentaron y ofrecieronles pasaportes seguros para Colombia y cartas de recomendación para personas cerca del Gobierno y particulares, convenientes para facilitar el logro de nuestro proyecto y deseos.

En este estado, se determinó mandar de emisario á Cuba, con comunicaciones, al Ldo. (2) José Ramón Betancourt, y que Antonio Abad Iznaga, que seguía la carrera del comercio en New York, se quedase en dicha plaza con objeto de que sirviese allí como centro á donde llegasen nuestras comunicaciones desde Costa Firme, las de los amigos que teníamos en México y otros puntos del Continente con quienes conservábamos relaciones y las de los de la isla de Cuba, y las dirigiese á sus respectivos destinos, junto con las noticias también que él mismo pudiese adquirir en cualquiera dirección; pues además de las relaciones que teníamos con los representantes de Colombia, las llevábamos también con el señor Obregón, Ministro de México, el Sr. Alvarado, de Guatemala, y el Sr. Bazabilbazo, agente consular de Buenos Aires ó Chile.

Para desempeñar la misión cerca de Bolívar eligieron á Miralla, Arango, Castillo, Betancourt Cisneros y José Aniceto Iznaga.

El 23 de Octubre se embarcó la comisión en la goleta *Midas*, capitán Fream, con destino á la Guayra, y el mismo dejaron el puerto de New York.

El 13 de Noviembre avistamos las montañas de la Guayra, ó séase la Silla de Caracas; sobrevino calma y el capitán, deseoso de desembarcar aquel mismo día, dispuso echar el bote al agua para ir á tierra, lo que

(1) El primer ministro plenipotenciario de Colombia en Washington fue el doctor José María Salazar. (Restrepo, 27 459.)

(2) «José R. Betancourt salió por Cuba antes que la Comisión para Colombia.» (Nota Iznaga.)

sabido por la Comisión quisimos acompañarlo, pero no pudimos hacerlo sino Miralla é Iznaga. Desembarcamos cerca de las once de la noche, en la playa; pero cerradas ya las puertas, tuvimos que saltar las murallas, guiados por un marinero americano que era práctico, expuestos á que si los centinelas nos hubiesen descubierto hubiéramos dormido ó pasado la noche presos.

Al amanecer del día 14 entró la goleta, y á las 10 de la mañana nos hallábamos todos reunidos y alojados en una posada que se decía americana, aunque era de un francés.

Dió la rara, afortunada casualidad de hallarse alojado en la misma posada el General Antonio Valero, natural de Puerto Rico, que había pertenecido al Ejército de México, y disgustado con Iturbide, desde que manifestó sus miras de ambición personal, se vino á Colombia con el objeto de ofrecer sus servicios al Gobierno, y además el de inducirlo á libertar á Cuba y Puerto Rico, atacando allí inmediatamente á los españoles. Valero acababa de recibir contestación del General Santander que, como se ha dicho, se hallaba al frente del Gobierno ejerciendo las funciones de Presidente en ausencia del General Bolívar. Santander admitía sus servicios en Colombia con la misma graduación de General, y le pedía pasase á la Capital para verse con él, indicándole que, con respecto á su proyecto de una expedición inmediatamente contra los españoles de Cuba y Puerto Rico, el momento no era adecuado porque la campaña del Perú, en que el General Bolívar se hallaba comprometido, empeñaba el crédito de las armas del país y absorbía todos sus recursos así como la atención entera del Gobierno. Valero instruyó de todo á la Comisión; de que se preparaba para cumplir con el llamamiento que le hacía Santander, y les ofreció todos los servicios que, en su clase de General de Colombia ya, pudiera hacerles

viajando juntos, y concluyó invitándolos á hacerlo.

Aunque el itinerario que la Comisión se había propuesto seguir en su marcha era muy rápido y para hacer el viaje en compañía de Valero sería más pausado, teniendo éste que demorar algunos días antes de emprenderlo, y en vista de la opinión dada por Santander acerca de que no era el momento el mejor para obrar inmediatamente contra los españoles de Cuba y Puerto Rico, lo cual privaba del carácter de exigencia á la misión que llevaban, conociendo por otra parte las grandes ventajas que les proporcionaría Valero en una jornada por el interior del país, lo menos de 25 á 30 días de camino, agradecieron su oferta y la aceptaron.

Al siguiente día, 15 por la mañana, dejaron todos la Guaira y poco después del medio día se desmontaron en Caracas en una posada del mismo francés que la tenía en combinación con la de la Guaira.

La Comisión fué muy bien recibida en Caracas por las personas para quienes llevaba cartas de recomendación del Ministro y del Cónsul General de Colombia en los Estados Unidos; y más particularmente por el Dr. Francisco Xavier Yanes (1) (natural de Puerto Príncipe) quien era muy apreciado y distinguido por el General Bolívar y ejercía actualmente el empleo de Presi-



(1) Francisco Javier Yanes era un joven abogado lleno de fervor y de celo, embebido en las doctrinas religiosas y políticas de los filósofos franceses, y acérrimo enemigo de todo linaje de tiranías. Como todos los hombres profundamente convencidos, cuyas opiniones, se han formado en la soledad del gabinete y á escondidas de un gobierno opresor, Yanes poseía las suyas con rigidez, tenacidad y exajeración; cualidades que formaban un contraste singular con su índole suave, complaciente y flexible. Versado en varios ramos de las humanidades y sobre todo en la historia colonial, determinado partidario de las ideas democráticas, y persuadido como muchos patriotas ilustrados de su fácil aplicación á Venezuela, no disimulaba ni su odio al gobierno hispanoamericano, ni su entera decisión por la causa de la independencia. Mirábanle por esto con razón como uno de los principales jefes del partido republicano; y por lo demás poseía cuanto era necesario para merecer este renombre: honradez á toda prueba, constancia, energía y firmeza en los principios capitales" (Baralt, tomo segundo, pág. 66)

Yanes es uno de los firmantes del acta de Independencia de la Confederación americana de Venezuela, como diputado al Congreso por Araure. (5 de Julio de 1811).

dente de la Corte Suprema de Justicia; del mismo modo fué tratada por lo mejor de Caracas que concurría por las noches á la tertulia diaria que en casa del Dr. Yanes se reunía y de la cual formó parte la Comisión los días que permaneció en Caracas.

Esta tertulia era la mejor escuela revolucionaria y para la historia de la revolución de los pueblos de América que pudiera darse. A ella concurrían personas opuestas en opiniones, ya sobre el curso general de los negocios, ya sobre el particular de los personajes que figuraban en la revolución, así como de los acontecimientos ocurridos y que se esperaban. Y todo se discutía con la mayor franqueza en la seguridad de que quedaba de puertas adentro cuanto allí se trataba que mereciese alguna reserva.

No perdió tan excelente oportunidad la Comisión para extender sus relaciones en el país; se consultó detenidamente con el doctor Yanes, y resolvieron mandar un miembro de la Comisión de emisario á Cuba con comunicaciones y para que verbalmente impusiese á los amigos en Cuba y de paso á los de los Estados Unidos, de sus trabajos hasta la fecha, y advirtiéndolos de la necesidad en que se hallaban todos de renunciar al pensamiento de un auxilio *inmediato*; aunque por otra parte todo hacía esperar buen éxito en lo principal de la misión, que era el apoyo del Gobierno de Colombia para libertar á Cuba.

Aunque el Ldo. Arango era de los más comprometidos con el Gobierno de Cuba, perseguido ya abiertamente por él, se consideró el más apropiado para la misión y fué elegido para el efecto; dejando á su discreción entrar ó nó en Cuba,

ó remitir desde los Estados Unidos las comunicaciones si á su juicio podía hacerlo por medio de algún amigo de confianza que no estuviese perseguido ó sospechado por el Gobierno de Cuba. Pero él despreció todo riesgo personal y desempeñó su comisión atravesando por lo interior del país desde Santiago de Cuba hasta Trinidad, tocando antes en Puerto Príncipe y en Trinidad se embarcó para los Estados Unidos.

El 19 salieron para la Guaira Arango, Betancourt é Iznaga, y el 20 se embarcó el primero con el destino ya dicho. El 21 regresaron á Caracas Iznaga y Betancourt.

Iznaga y Betancourt hicieron el viaje á Puerto Cabello por mar, vía la Guaira, y los demás y el General Valero por tierra, atravesando el célebre valle de Aragua. Los primeros se embarcaron en la Guaira en la goleta *Atrevida*, de 30 toneladas, el día 23, y el 24, cerca de noche, entraron en Puerto Cabello.

No hacía todavía dos semanas que el General Páez había tomado aquella ciudad por asalto, después de un sitio de cerca de año y medio; y muy mal lo hubieran pasado los viajeros á no ser por la feliz casualidad de haber hecho conocimiento en la corta navegación con un señor Arteaga, que era amigo del individuo que cuidaba el edificio del Cabildo en Puerto Cabello, y éste, por mediación de Arteaga, nos permitió pasar la noche en dicho edificio y dormir en las bancas del Cabildo.

El 3 de Diciembre llegaron á Puerto Cabello Valero y sus compañeros, y un joven americano que acompañaba á Miralla de N. York, llamado Le y otro de la Habana apellidado González



El tenor Alvarez

Cuando florecía Rossini con «La Gazza ladra» y Spontini con la «Vestale» el método de canto no había llegado aun á la altura que hoy ocupa, gracias á la anatomía y á los recursos artísticos de que se valen nuestros actuales cantantes.

Negrini, Mario y hasta el mismo Gayarre, encantaban con sus voces blancas, apoyadas al pecho y por consiguiente abiertas al tomar el registro, agudo. Gayarre—ídolo tan sólo en España—tenía sin duda el secreto de la respiración. Dotado de un diafragma enorme, sostenía un agudo hasta cuarenta y seis segundos y sobre el mismo fiato hacía un trino ó terminaba con un fuerte.

La Naturaleza era la única que favorecía á los artistas. Hoy la ciencia ayuda la impostación de la voz, y hasta cambia la emisión, como en Juan de Reszké que después de ocho años de barítono, creó en París, las partes de tenor de «Le Cid» y «L'Herodiade» agudas en la tesitura y por demás tirantes en voces bajas como la del formidable tenor polaco.

Y llegó Wagner, que tomando de Berlioz el movimiento en la orquesta, trabajó como un cantero la instrumentación, obligando al artista á tomar una vibración heroica que era imposible realizar con voces blancas. «Die Goeterdamerung», «Tanhausser», «Das-Reingold» requieren voces de clarín, cerradas, altas para sostener un *racconto* como el de Tanhausser en el último acto y una romanza como la de la espada de Siegfried.

Entonces comenzó la escuela de cantar con la cabeza. El tenor, apoyando la voz sobre el diafragma que es el elemento primor-



dial, debe aprovechar las cavidades del frontal y parietales para que la vibración repercute y la onda sonora porte como si fuera una cinta de ondulaciones infinitas: desde la nota más grave—por lo regular un *si* bemol—la voz debe subir cerrada, oscura, la laringe baja y el sonido sube á modo de báscula evitando la tan horrible gola, solamente recursos en ciertas partituras wagnerianas, las notas centrales forzadas sobre el diafragma preparan el pasaje del *fa* al *do*, notas que llegan puras, y rompe el sonido dentro del mismo cráneo ó sobre la máscara, huyendo de la voz nasal que en ópera francesa es indispensable en ciertos diptongos.

La composición moderna, de grandes efectos dramáticos, obligan al tenor, poseer una resistencia bizarra, y eso es lo que obligó á trocar la voz baja vulgarmente llamada de pecho. Verdi en «Aida» con treinta y seis *si* bemoles, en «Otello» con la rebelde frase dicha tan solo por Tamagno con toda la pasión y orgullo de su alta emisión; Meyerbeer con «Los Hugonotes» y «La Africana» y en estos últimos años Mascagni en «Cavalleria Rusticana» erizada de *si* bemoles y naturales: Leoncavallo en «Pagliacci» con su admirable *scherzo* y su gran aria *non pagliaccio non so*; Giordano en «Andrea Chenier», Puccini en «La Boheme» cuyo *racconto che gelida manina* requiere una voz igual en toda su tesitura sin cambiar la limpidez

en sus tres registros, voz cantada, no la voz hablada de que abusó tanto Valero en sus primeros años y De Lucia en sus supremos momentos dramáticos.

La escuela francesa, después de Gounod en sus tres sublimes *spartitos*—Romeo y Ju-

lieta, Fausto y Mireille—surgió moderna, fresca, emocionante, con mucho de wagneriana aunque conservando la melodía, atendió á la orquesta y llevó el alma á la voz humana como único espíritu de la interpretación inspiradora. De ellos, Julio Massenet el magnífico, alma grande y temperamento vibrante: «L'Herodiade» donde el tenor *Saint Jean le fils de Zacharias* tiene un tierno aroma de misticismo y romántico color en el aria de barítono *Vision fugitive*, «Le Cid», «La Navarraise», «Werther», «Manon Lescaut», «Sapho». Chabrier con «La Gwendoline», Godard con «Jocelyn», Litolff con «Les Templiers», Leo Delibes con «Lakme» y «Jean de Nivelles» Salvayre con «Ricardo III» el venezolano Hahn con «L'ile du reve» son los sectarios del nuevo rito en la capilla emocionista.

Reyer produjo una revolución con su simbólica *Salambó* creada por la soprano Rosa Caron y el tenor Alberto Salezza en el papel de *Matho*; recordando el aire sagrado de los cartagineses en el himno á Tanit—*Tant, deesse austere*—de un dibujo ondulado y de un bello color que interrumpe el discurso severo de *Salambó* á los bárbaros. El duo de ella y Shahabarin reúne nobleza, fuga y elegancia, siendo como suprema elevación de la nueva aurora musical la escena de la terraza, deliciosa, exquisita, incomparable:

D'un sacrilege affreux hélas: Je suis coupable
Et je sens de Tanit le courroux redoutable
Peser sur Carthage et sur moi.

Nacido en los Bajos Pirineos donde también por el año 1867 nació el tenor Salezza, Alvarez—nombre de escena aunque en sus venas no tiene una gota de sangre española—comenzó su carrera artística cantando el barítono, pero bien pronto los maestros del Conservatorio conocieron en sus notas centrales una ancha base para los agudos que llegaron como fanfarrias de un clarín heroico, y desde el tenor húngaro Perotti no ha habido quien dramatice tanto los si bemoles como el hermoso meridional. Su voz es cerrada, oscura, y de una emisión puramente de cabeza lo que le prolongará la carrera por muchos años.

El pasaje que en otros tenores comienza en el *fa*, en Alvarez parece comenzar en el *la* bemol, tal es la igualdad, la brillantez y el color de su registro agudo. Es Romeo gracil, voluptuoso, de bellos y grandes ojos y

barba nazarena, su dicción tiene la suavidad de un beso y la esquisitez más aristocrática; y apesar de ser demasiado lírica para tan dramático artista, encuentra momentos admirables como en el madrigal, en el *O leve toi soleil*, energía y poderosidad en la escena del duelo y del destierro; misterio y sacro respeto en el *Salut tombeau sombre et silencieuse*.

Luego es D. José, noble ante el deber, amante en el duo con Micaela; pervertido por la caricia sensual de la cruel Carmen, suspira desmayado, perdido para el mundo *la fleur que tu m'avais jeté*, filando en un pianísimo el si bemol y el apasionado final *Carmen je t'aime*; después brutal, trastornado, celoso en las montañas de la serranía Morena clava la garra sobre la rosada nuca de la flor del vicio y le ruge: *je te tiens fille damné je te tiens et je te forcerai bien* y llega el final sombrío: en el claro domingo de toros, cuando el sol irradia é inunda de oro las graderías de la plaza, lívido como un espectro acecha á Carmen, le implora, pero sobre su faz siente la herida del anillo arrojado y la maldición eterna, y fantástico, enorme en su dolor, hunde la navaja en el adorable seno de la gitana.

Radamés, *Otello*, *Raoul de Nangis* son tres de sus mejores roles. Sólo á Tamagno puede comparársele en el capitán egipcio y en el príncipe negro por el tono magestuoso, la grandiosa dramatización de sus notas centrales, de las cuales hace un derroche un tanto inútil, pero un tanto necesario para sostener sobre el diafragma los agudos. Aunque Jean de Reszké poseía—hablemos en pasado ante tan imponente ruina—la suprema delicadeza que Alvarez no posee, el Raoul de éste es una creación.

Su cabeza de crespos negros tiene el perfil altanero de un guerrero oriental, los ojos como dos hojas verdes fosforecen en ira ó se adormitan en amorosos abandonos, la boca es firme de labios, encuentra sonrisas y aleteos de suspiros á los pies de la bien amada Margarita ó un rictus espantoso cuando neurósico hunde la rodilla sobre el cuello de Desdémona, y en todos los personajes de sus creaciones es el gallardo mozo de hercúleo físico que en la historia de la lírica moderna ocupa uno de los primeros puestos cerca del más dramático de la pauta, Alberto Salezza, y del más lírico del ritmo Juan Reszké...

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

New York 10 de Enero de 1900

Pro-patria.

La perseverante y suprema aspiración de los nacidos en Cuba ha sido, y es, la Independencia de la patria.

Nuestra estrella es el símbolo de ese grande ideal, que no se realiza, si no se constituye el *Estado*, la persona del pueblo, la entidad que representa á todos los ciudadanos que forman la sociedad limitada «nación.»

Para constituir ese Estado, para formar la Nación Cubana, esgrimieron los patriotas el arma, en los campos de batalla y la pluma en la lid de las ideas.

Uno de los campeones que más luchó, destruyendo para edificar, fué Fernando Figueredo. Por eso desempeña, con el aplauso unánime de sus compatriotas, el puesto de Sub-Secretario de ESTADO.

No se constituye el Estado, no se forma y progresa una nación, sin que exista un alto sentimiento de *justicia*.

Esta «virtud» no es por desgracia patrimonio de todos los hombres. Cuanto más grande sea el número de ellos en una colectividad, que amen y practiquen la justicia, tanto más sólida y más duradera será la cohesión de sus componentes.

Entre los patriotas que más se han distinguido por su consagración á esta virtud, antes de la guerra, en la dictadura Weyleriana, en su confinamiento á Ceuta, en las tristezas de la emigración, y en Cuba Libre, defendiendo en la tribuna sus convicciones de independencia absoluta, es, Alfredo Zayas, que ocupa, con brillo para el puesto, el cargo de Sub-Secretario de JUSTICIA.

Nuestro pueblo, agrícola por la fertilidad de su suelo; industrial por la laboriosidad de sus hijos; y mercantil, por su situación y configuración geográficas, con el grande sentimiento de amor á la justicia que lo

fortifica para formar su nacionalidad, exige como condición de existencia fomentar al *Agricultura* la *Industria* y el *Comercio*. Para ello se necesita el esfuerzo de todos y el consejo de los más aptos. Pocos, para esa misión con mejores títulos que Baldomero Pichardo, que desempeña, por sus propios méritos, el importante cargo de Sub-Secretario de AGRICULTURA, INDUSTRIA y COMERCIO.

Ni el sentimiento de la patria, ni el amor á la justicia, ni la actividad del trabajo, son nada sin el mejoramiento del pueblo, sin la *Instrucción Pública*.

La educación del hombre, su propia contención á sus impulsos brutales; y su instrucción, al expandimiento de su inteligencia, el progreso de su razón, constituyen verdaderas necesidades para la vida robusta y sana de la comunidad nacional. Propagar, multiplicar las escuelas, es multiplicar las facilidades de la convivencia social; es expeditar el desenvolvimiento de cada individuo, sin roce con el desenvolvimiento de los demás.

Entre los propagandistas de la *Escuela*, está Esteban Borrero Echeverría, un pensador, que hoy tiene á su cuidado para bien de la patria, la Sub-Secretaría de INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

El Estado, no puede existir sin la satisfacción de las necesidades materiales que su vida así exige. De aquí que no pueda concebirse al Estado

sin que exista la Hacienda Pública y que no se conciba la Hacienda sin la preexistencia del Estado.

La Hacienda de un pueblo es como la de un individuo. Si sus recursos están bien administrados, el individuo se desenvolverá con normalidad y en progresión. Si los recursos del pueblo están bien administrados, su desenvolvimiento será normal y progresivo.

¿Y quién con más idoneidad para ese



Estado.



Agricultura



Hacienda.



Justicia.



Instrucción.

cargo, por su pericia, honradez y talento que Leopoldo Cancio?

Para la formante Nación Cubana es una garantía de orden, de moralidad y de adelanto la relevante personalidad del que, con suma modestia para su gran valer, figura sólo como Sub-Secretario de HACIENDA.

R. S. DE CALZADILLA.

La toma de Tunas.

FRAGMENTO DEL CANTO III

De arrojo haciendo vengador alarde,
En la quietud de la pasada noche
No dió reposo á la tenaz piqueta
El rudo zapador. De la alborada
El tibio rayo con fulgor siniestro
Alumbró al despertar esa mañana
Una trinchera más. Del torpe ibero
En tanto no descansa
El fuego destructor. Su inútil saña
Desplega con furor mientras vacila
Entre la muerte y el honor perdido.
¡Inútil batallar! ¡Perdido esfuerzo!
Ni perdón hallarán ni los aplausos
De su misma nación. La España imbécil
Ni premiarlos sabrá; de oscura muerte
Entre el horror de colosal incendio
Las horas se avecinan;
Y en tanto que los huesos calcinados
De los pobres soldados,
Se van á confundir en los escombros
De la triste ciudad, no habrá en el mundo
Ni un alma que comprenda su heroísmo,
Ni que lleve sus restos á la fosa
Como premio al heróico sacrificio.
Así también el paladín cubano
Que ofrendó generoso la existencia,
Que el miserable hogar dejó desierto
Para correr á sucumbir luchando
A la sombra inmortal de su bandera,
Ese pobre soldado,
Hambriento y miserable,
Tal vez no tenga al fin de la contienda
Ni pobre hogar para sus hijos tristes
Ni luz, ni pan, ni porvenir. Acaso
Los restos del que cae en la batalla
Por siempre dormirán el sueño triste,
Insepultos allí donde las balas
Al luchador anónimo abatían.
Tal es la ley odiosa de la guerra,
Y cuando un láuro con honor se alcanza
De la mezquina gloria de la tierra
Sólo aguarda al soldado la esperanza
De oscuro porvenir que no le aterra.

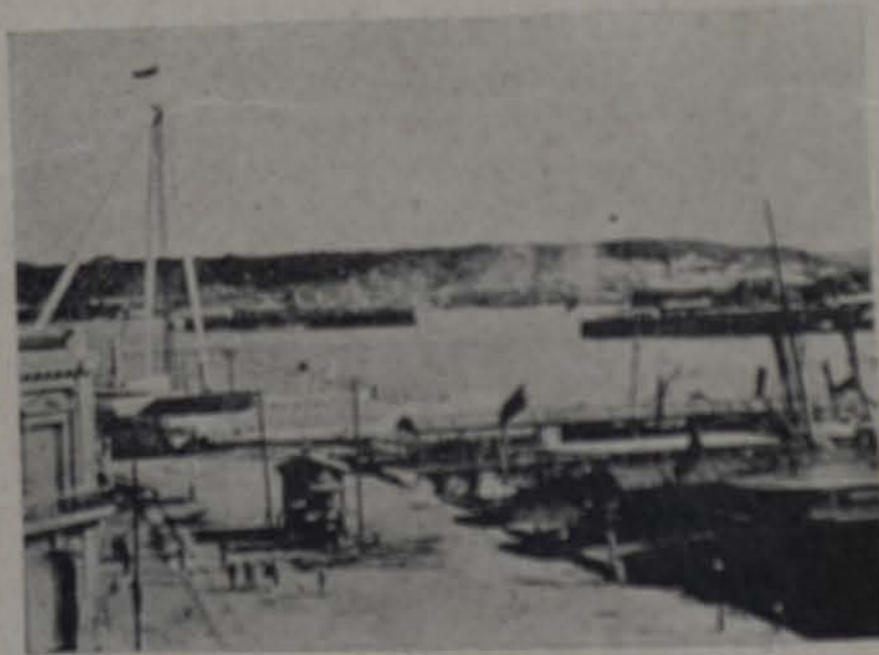
El rayo pudibundo
De la mañana hermosa
Que dora el horizonte
Con vívido fulgor,
Alumbra con reflejos
De nácar y de rosa
La escena miserable
De destrucción odiosa
Con que se cubre el campo
Del bravo sitiador.
Y en medio de la escena
De sangre y de matanza
Que Marte fulgurando
Parece presidir,
Hay gritos de agonía,
Clamores de venganza,
Palabras de consuelo,
Acento de esperanza
En boca de los bravos
Que van á sucumbir.

Y en la ancha calle, en la humareda intensa
Que todo envuelve en funeral sudario,
Un huracán de ardientes proyectiles
Con voz atronadora
Se cruza por do quier rugiendo airado
En inflamados giros.
¡Qué inicu resistir! ¡Cuántos cubanos
Mancharon con su sangre generosa
Las páginas de gloria que dedique
A la terrible y colosal jornada
La pluma de la Historia!

A la voz de— ¡Se han rendido!—
Que lanzan de la trinchera,
Se levanta la bandera
Símbolo de libertad,
Que con donaire flamea
Gallarda, altiva, orgullosa
Enseñando victoriosa
Humillada la maldad.
Y al grito de ¡Viva Cuba!
Con que anuncian la victoria
Brillan destellos de gloria
Sobre el libre pabellón.
En tanto que en el silencio
Lleno de impotente saña,
De la corrompida España
Baja la frente el león.

Humana condición, sino maldito
Que lleva de la mano
Al hijo contra el padre,
Que despierta en el pecho del hermano
Satánica ambición, odio profundo.
Diabólica deidad que en torno llama
Millares de mezquinos corazones
Y con viles promesas los reclama,
Y los empuja á combatir. Se escucha
El grito del Cañ americano,
Se les mira avanzar, y no se extraña
Que al oponer su acero,
Vibre en sus labios el perdón de España.
No sé qué ley oscura de la vida
Se complace en poner frente por frente
Los hijos de mi patria.
Les fuerza á combatir, y luego alzando
La diestra vengadora
Los conduce al suplicio
Prisioneros de guerra en la derrota.
Fueron cubanos, sí, los que lucharon
El instante postrer: los que rindieron
Los últimos quizás el fuerte acero
Que ensangrentado de la lid sacaron...
¡Los últimos!... Mi pecho se acongoja
Al ver miseria tanta,
Y alzando una oración á los que mueren
Siento que el llanto en mis mejillas corre
Y que la voz se apaga en mi garganta.

FERNANDO G. Y G. DE PERALTA.



Embarcadero de La Machina. — Habana.



n
nu
te,
As
ria, cu
«Hemos

El ferrocarril inclinado que va á la cima de las montañas Catskill.—E. U. A.

Fantasia

Ella nunca quiso decirme su nombre que debía ser armonioso como la vibración de una cuerda de laúd, dulce como una estrofa de Heine, puro con la pureza de un salmo.

Compañera inseparable de mi vida, perfume diluído en todos los instantes de mi existencia—mujer ó hada—su soplo, gentil como el de la Primavera embellecía mi edad juvenil; por ella brillaban alegres mis ojos, mi boca se plegaba con tanta facilidad en una sonrisa, el corazón me palpitaba vigoroso, desbordándose en torrentes de amor, mi mente en cascadas de vaporosos ensueños; lucíame el cielo siempre azul, y tras el cielo, el nimbo de la gloria para el ateo oculta; se perfumaban todas las flores de los prados y el horizonte era una promesa hacia el Ocaso y un recuerdo de mágica dulzura hacia el Levante.

Yo era pobre, muy pobre, y el trabajo me agobiaba casi todo el día, pero ¡qué gratos, durante las horas de reposo, los besos de mi hermosa compañera de siempre, única esposa cuyos besos por repetidos no cansaban! ¡qué embriagadora la suavidad de sus caricias siempre nuevas, que hablaban al espíritu en un lenguaje inmortal, arrancándole del cuerpo adormecido!

Fiel la veía á mi mesa que no tuvo el manjar opulento ni la cincelada vajilla, fiel á mi lecho blanco, si humilde, donde la veía á mi lado contarme quimeras embelesadoras antes de cerrarse mis párpados bajo la presión insinuante del sueño.

Allí estaba ella, cuando el sol se asomaba á saludar de nuevo á la tierra encantada que dejara el día anterior arropándose en los pliegues del crepúsculo, á la hora en que yo salía de mi rústica choza. Aún en mi mesa de trabajo, algo de ella me rodeaba como una esencia—quizás el hálito de su alma—y podría decir con mi lenguaje de entonces, de poeta y romántico, que mis horas eran azules, pobladas de falanges de ensueños deliciosos.

Y yo no sabía su nombre, que debía ser sin duda, melodioso como una balada.

Pero un día, no hace mucho, ya no pude llamarme pobre; mi casa era una espléndida mansión donde el lujo rebullía, espejos y tapices, sedas y brillantes; mi mesa de trabajo quedó abandonada; los prados cercanos á mi casa no tenían flores silvestres, sino doradas espigas de las que era yo el dueño, y pasaba en el baile y en las fiestas mis horas.....

¡Mis horas negras y cansadas que el bullicio no podía alegrar, ni la opulencia era bastante á embellecerlas, porque ELLA ya no me acompañaba, porque había huido de mi lado el primer día que un golpe de la suerte me hizo rico! Y entonces, aquel día postero, al huir para siempre ELLA, la pregunté:

—Dime, dime tu nombre.

—¡LA FELICIDAD! me gritó, perdiéndose á mi vista; y sé que no ha de volver más para embellecer como antes mis cansadas horas.

FERNANDO DE ZAYAS.

Santa Clara.



Una calle de Matanzas.

¿Febo ó Diana?

Tiene el día luz y oro,
la noche brumas de plata,
astros que brillan temblando
sobre nubecillas blancas;
el día es triste en la tarde
y festivo en la mañana:
lento de épicos rumores
y de pájaros que cantan.

La noche es de azul purísimo,
melancólica y callada,
llena de tibios fulgores
y celestiales fragancias;
á veces el viento lleva,
en sus transparentes alas,
tañidos graves y tristes
de las solemnes campanas;
notas de cristal, preludios
de cantos y serenatas,
ayes misteriosos, y ecos
de dulcísimas plegarias.

¿Qué quieres?—sombra nocturna,
ó reflejos de alborada?
¿ó paisajes deslumbrantes,
ó sombrías enramadas?
¿Quieres vivir con pastores?
¿Quieres soñar con fantasmas?
Porque el día es el idilio
y la noche la balada.
¿Qué antorcha nupcial prefieres?
Sol que los aires inflama,
ó luna de rayos tristes
como gigantesca lámpara?
Tiene el sol rosas bermejas
y la luna rosas blancas;
¿cuál de esos tálamos buscas
para la unión de dos almas?

LUIS G. DE URRUTIA.



Ribera del río San Juan.—Matanzas.

REVISTA GENERAL.

El Canal de Nicaragua.—El 6 del pasado Enero ha salido de New York, con rumbo á Nicaragua, la Comisión del Canal que forman el Prof. W. H. Burr, Mr. Samuel Pasco, Almirante Walker, Prof. L. M. Haupt, Coronel O. H. Ernst y General P. C. Hains.

En apoyo de la apertura del canal que fué á estudiar la comisión expresada, así como del *bill* hoy pendiente de la resolución de ambas Cámaras, autorizando su construcción, el Senador Morgan, sometió el 18 del propio mes á la consideración del Senado una memoria, á la que se han adherido los más conspicuos representantes de las agrupaciones políticas americanas.

La nación americana estaba llamada por sus relaciones con la América del Sur, por el intercomercio de sus puertos en el Atlántico y en el Pacífico, por la defensa de sus extensas costas en ambos oceanos y, hoy, por sus relaciones mercantiles con el Asia y sus grandes intereses políticos y comerciales en las islas del Pacífico, á construir esa vía marítima que si para Europa y el resto del mundo constituye un efectivo progreso, para nuestros vecinos del Norte es, en el presente, una necesidad nacional.

Así lo entiende Mr. Morgan en su memoria, cuando en uno de sus párrafos dice: «Hemos llegado á un punto en la discusión

del canal marítimo á través del Istmo de Darién, donde la necesidad del canal y sus ventajas no serán más debatidas ni en el Congreso ni entre el pueblo. Como conexión y prolongación de la línea comercial de nuestras costas desde Alaska hasta Maine, como puerta de acceso á nuestras posiciones en el Oceano Pacífico y entre sus puertos, como camino para nuestros buques de guerra y mercantes, y como la más sólida garantía de unión entre los Estados del Este y del Oeste, es una necesidad nacional la construcción del canal.»

Notas sobre instrucción.

Cuando Dakota era Territorio gastó en cinco años \$10.000,000 en instrucción pública. Filadelfia ha invertido \$10.000,000 en edificios escolares.

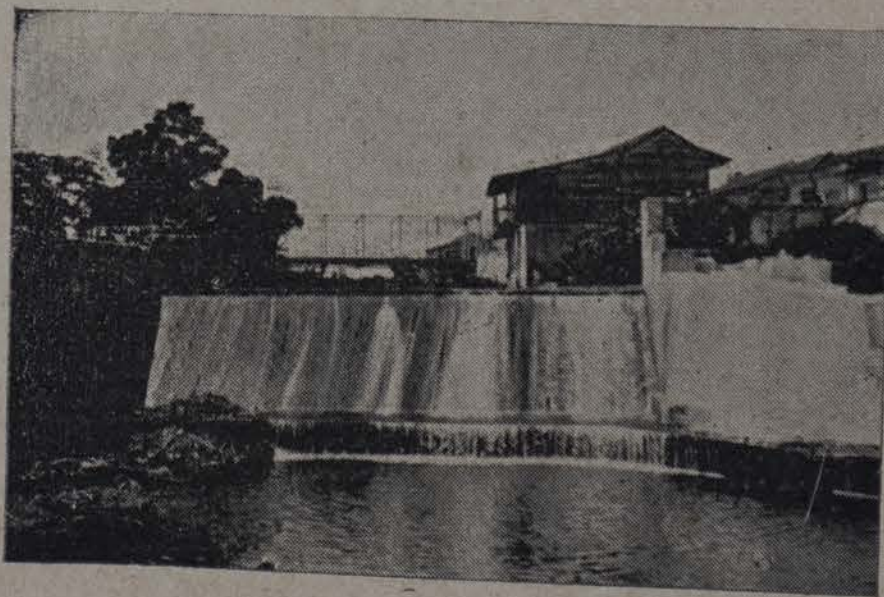
De 1882 á 1888 destinó la ciudad de Buenos Aires á la construcción de edificios para escuelas otros diez millones de pesos.

El total de propiedades de los 400 Colegios y Universidades de los E. Unidos representan un capital de más de \$220.000,000; y el valor aproximado de todas las propiedades de las escuelas de los Estados Unidos en 1897 era de \$469.000,000.

Hace setenta años el pueblo de las Islas



Puente Concordia en el río Yumurí.—Matanzas.



Cascada en el Almendares.—Puentes Grandes.

Sandwich se encontraba en el más bajo estado de degradación. Hoy, gracias á la predilección con que han mirado el problema de la enseñanza, sabe leer el 80 por 100 de sus habitantes; proporción que lo hace figurar en primera línea entre los países cultos del Universo.

| | En escuelas |
|----------------------|--------------------------|
| La ciudad de N. York | gasta al año \$4.500,000 |
| » Filadelfia | » 3.500,000 |
| » Brooklyn | » 2.500,000 |
| » San Luis | » 1.500,000 |
| » Cleveland | » 1.000,000 |
| » S. Francisco | » 1.080,000 |
| » San Pablo | » 450,000 |

ESTADÍSTICA DE ILETRADOS.

| PAISES. | No saben leer ni escribir. |
|------------------------------------|----------------------------|
| Suecia..... | 0 % |
| Dinamarca..... | 0 » |
| Alemania..... | 1 » |
| Suiza..... | 3 » |
| Victoria (Australia)..... | 8 » |
| Holanda..... | 10 » |
| Inglaterra..... | 13 » |
| Estados Unidos..... | 15 » |
| Francia..... | 15 » |
| Bélgica..... | 15 » |
| Islas Sandwich..... | 20 » |
| Habitantes del Sur (E. U.) (1890) | 31 » |
| Austria Hungría..... | 40 » |
| Buenos Aires (R. A.)..... | 40 » |
| Italia..... | 50 » |
| Negros del Sur (E. U.) (1890)..... | 57 » |
| Brasil (1881)..... | 70 » |
| Jamaica..... | 70 » |
| España..... | 72 » |
| Chile (1885)..... | 75 » |
| Cuba (1887)..... | 76 » |
| Paraguay (1887)..... | 80 » |
| Servia..... | 80 » |
| Rusia..... | 80 » |
| Rumania..... | 80 » |
| Venezuela (1894)..... | 83 » |
| Puerto Rico..... | 86 » |
| Bulgaria..... | 88 » |
| Hombres de la India inglesa..... | 90 » |

CARLOS M. TRELLES.

* Anunciamos en nuestro último número que el próximo sería dedicado al Arte de la Pintura en Cuba. Por no haber aco- piado todos los materiales necesarios, pos- ponemos para la próxima edición aquel in- teresante asunto.



Cascada en Puentes Grandes.—Habana.

A orillas del torrente.

Del raudal rumoroso en las riberas
Mirábamos del sol la última luz
En las copas jugar de las palmeras,
Y abajo en lejanía,
Con los oleajes de la mar bravía,
En el confín del horizonte azul.

Pálida cual los nardos que en su frente
Ajaba el frenesí de mi pasión,
Arrojando el más bello á la corriente,
Mira, me dijo, en vano
Resistir quiero á su poder ufano...
El raudal eres tú, yo soy la flor!

Césped de nardos su sepulcro alfombra
Do en mis brazos dormió, junto al raudal,
Y las palmeras, que voluble sombra
Nos dieron en los días
De juventud y locas alegrías,
Sombra al sepulcro solitario dan.

JORGE ISAACS.

Hojas secas.

Cuando yo comprendí que te quería
con toda la lealtad del corazón,
fue aquella noche en que al abrirme tu alma
miré hasta su interior.

Rotas estaban tus virgíneas alas
que ocultaba en sus pliegues un crespón,
y un ángel enlutado; cerca de ellas
lloraba como yo.

Otro, tal vez, te hubiera aborrecido
delante de aquel cuadro aterrador;
pero yo no miré en aquel instante
más que mi corazón.

Y te quise, tal vez, por tus tinieblas,
y te adoré, tal vez, por tu dolor,
que es muy bello poder decir que el alma
ha servido de sol!

MANUEL ACUÑA.

* Terminado el cuarto trimestre y el primer año de nuestra publicación, se ha puesto al cobro el primer trimestre del se- gundo año. Esperamos de nuestros abona- dos cooperen á nuestra obra, renovando el término de suscripción.